

La Reflexión - Berneice Loch rsm

La lectura del Evangelio que acabamos de escuchar es muy adecuada para los días en los que vivimos hoy. El Magnificat es una de las oraciones más comunes de elogio en los escritos de los primeros cristianos, incluso es más que una oración de elogio. Nos recuerda que en cada lectura mientras que el elogio a Dios con palabras es bueno, pero también hay que alabar a Dios en nuestras día a día con nuestras respuestas misericordiosas y compasivas, con amor.

María proclama la oración en el contexto de la visita. Recién consciente de su propio embarazo. María fue confrontada por una situación extraña. Ella pudo haber decidido para quedarse, pero en lugar de eso, respondió al mensaje que recibió de su anciana prima, Elizabet, quien también estaba embarazada. Una futura madre muy joven emprendió un viaje arduo para visitar una futura madre anciana. Hay muchas representaciones en arte de la reunión de estas dos mujeres y estamos seguras que un abrazo cálido fue parte de su saludo. Como pasa con estos días viviendo con la pandemia, me encuentro en una nueva apreciación, uno añora esos abrazos cálidos que forman parte de la conexión humana. Sabemos la tristeza que muchas están sufriendo por el deseo de alguien a su lado, con ellos, sentirlos. Zooming y otras formas de comunicación electrónica, se ha hecho muy frecuente entre nosotros estos días y agradecemos por esto, pero lo que echamos mucho de menos es el sentido del tacto, del que alguien te abrace cuando más lo necesitas. Este contexto del Magnificat es un mensaje a nosotros – la capacidad de abrazar y responder al tacto es un regalo valioso.

En la reunión de María y Elizabet, el escritor del Evangelio hace que María cuente con la canción de Hannah, se la encuentra en Samuel 1, como manera de expresar su alegría de lo que está ocurriendo. Pero recién notado, la oración expresa mucho más que un elogio a Dios. En lugar de permitirnos refugiarnos en los planos celestiales nos devuelve a la vida real y nos recuerda que el elogio a Dios siempre debe encontrar su legitimidad en la manera en que vivimos. Dios es quien “la misericordia alcanza de una época a otra; quien derrota a los orgullosos de corazón; quien exalta a los humildes; quien llena el hambriento de cosas buenas”. Cuando preparé estas palabras me sentí como debo estar, llamándolos, quien vaya a participar en la misa alrededor del mundo para responder al Grito de la Tierra y al Grito de los Pobres, como nos sentimos conmovidos ante del Magnificat. Y sin embargo, durante los últimos meses, ustedes me han estado llamando.

Hay entre nosotros muchas personas de la Misericordia, Hermanas, Asociados y Compañeros en el Ministerio, quien tienen en numerosas maneras de amabilidad, bondad, creatividad, y fuerza para responder a la situación del COVID-19 con corazones llenos de misericordes. Los corazones conmovidos hacen que Dios de la Misericordia esté presente entre nosotros. Sé que soy solamente una quien está movida profundamente ante esta efusión de la Misericordia. Mercy eNews; las conversaciones en línea a nivel local y global, algunas conectadas a los pósteres de Presencia Global de la Misericordia; el documento de Acción Global de la Asociación de la Misericordia “Esperanza en Tiempos de Pandemia”; son recursos que nos permiten estar inspirados por unos u otros, e inspirados por ellos más allá de nuestro mundo de la Misericordia quienes están haciendo el Dios de la Misericordia presente – consciente o inconscientemente.

Así, estoy agradecida por esta celebración del día de la Misericordia, por la oportunidad de reflexionar sobre la respuesta misericordiosa de María, como ella ‘se apresura’ para pasar tiempo con Elizabet, y por la alabanza de alabanza del Magnificat. No podemos rezarlo sin renovar nuestro compromiso de ser gente de Misericordia; a estar en nuestras propias vidas ‘Madres de la Misericordia’; a nuestra misión de Misericordia de hacer el Dios de Misericordia presente. Este mismo día encontraremos formas de traer compasión y Misericordia a la gente.